

Juan Marsé, autor de *Últimas tardes con Teresa*, *Si te dicen que caí*, *El embrujo de Shanghai*...

'Seguimos con una educación sectaria, televisiva y zafia'

Dice tener «la pupila desar-
mada y descreída». Quizá
por eso, a fuerza de ver las co-
sas sin anteojeras, es una pupila
oscura, elocuente, capaz de al-
ternar la risa y la seriedad con
la rapidez con la que el héroe
de la película saca el revólver, y
adecuada para guardar alguna
que otra sorpresa. Pero empe-
cemos por el principio, Juan
Marsé Carbó nació en Barce-
lona hace 69 años. Empezó a
trabajar en un taller de joyería
siendo un adolescente y con
los años llegó a ser lo que era y
sigue siendo, un gran escritor,
narrador imprescindible de la
Barcelona de los últimos se-
senta años.

**¿Llevas cuarenta años tratan-
do de hacerte entender?**

Esa última frase de la novela
Rabos de lagartija tiene que ver
conmigo en el sentido de que
tengo la sensación de que hace
cuarenta años que estoy escri-
biendo el mismo libro y toda-
vía no creo que se me haya en-
tendido bien. Algo así decía
Bertold Brecht, «qué tiempos
estos en que hay que repetir
una y mil veces lo evidente».

**Una de las constantes de tu
obra es el asunto de la verdad
y de la mentira, de las menti-
ras o no verdades para llegar
a la verdad. ¿Por eso escribes?
¿Es esa la esencia de la litera-
tura, del arte?**

En el fondo creo que sí, aun-
que a mí nunca me ha gustado
definir de una manera rotunda
y definitiva la función del arte

y la literatura. El tema de la
apariencia y la realidad está en
todas las grandes novelas de
una manera u otra, desde *El
Quijote* hasta *El Gran Gatsby*.
Pero es que, además, la novela
se nutre exactamente de eso,
porque la novela en sí misma es
una mentira que si se construye
de manera convincente resulta
una verdad. De ahí a decir que
creo más en algunos personajes
de novela que en algunos per-
sonajes reales hay un paso.

Por ejemplo...

A mí me parece totalmente
convincente un Julián Sorel y

**Últimamente nuestros políti-
cos se han dedicado al juego
de ver quién la tiene más
grande, la bandera claro...**

Es grotesco. Siempre recuerdo
lo que decía Flaubert: «Todas
están tan llenas de sangre y de
mierda que ya sería hora de
acabar con ellas», pero nadie lo
hace. No tengo nada más que
decir de las banderas, que me
cago en ellas, en todas.

**«Joyce me enseñó a huir de la
religión, la nación, la lengua
y la bandera». ¿Son acaso la
madre y el padre de todas las
desgracias?**

Historias de derrotados que no se dan por vencidos

Reconocido como uno de los mejores escritores
contemporáneos en lengua castellana, ganador del Premio
Nacional de Literatura 2001, al autor de *Últimas tardes con
Teresa*, *Si te dicen que caí*, *El embrujo de Shanghai* o *Rabos de
lagartija* lo avalan, sobre todo, la fidelidad y el respeto de sus
lectores. Él se reivindica un simple «contador de historias» y dice
tener una única regla: «No aburrir al lector». Sus novelas están
pobladas de adolescentes que buscan la verdad
y la belleza que la realidad les escamotea en
descampados suburbanos y salas de cine de
la Barcelona de posguerra, de padres ausentes,
de charnegos de imaginación insensata,
de derrotados que no se dan por vencido: pese
a la corrupción persistente de los sueños.



en cambio el señor Aznar me
parece totalmente inverosímil.
Y sin embargo está ahí, es de
carne y hueso, parece ser que
se mueve y lo fotografían y en
cambio a Julián Sorel nunca se
le ha fotografiado, pero yo
creo más en la existencia de
Julián Sorel que en la del se-
ñor José María Aznar.

Sí, sí, de enormes desgracias, de
los nacionalismos, de ese pro-
blema que le tiene comido el
coco a tantas personas, de la
identidad. La identidad, las raí-
ces, no las familiares, no, las raí-
ces étnicas. Es tan absurdo,
porque venimos todos de pira-
tas, de moros, del mono, ¿no?
No puedo comprenderlo, yo

no he sentido jamás ninguna
adhesión de ese tipo. No me
siento nada español en ese sen-
tido, y tampoco me siento nada
catalán. No me siento nada.

**Quizá de tu familia, de tus
amigos...**

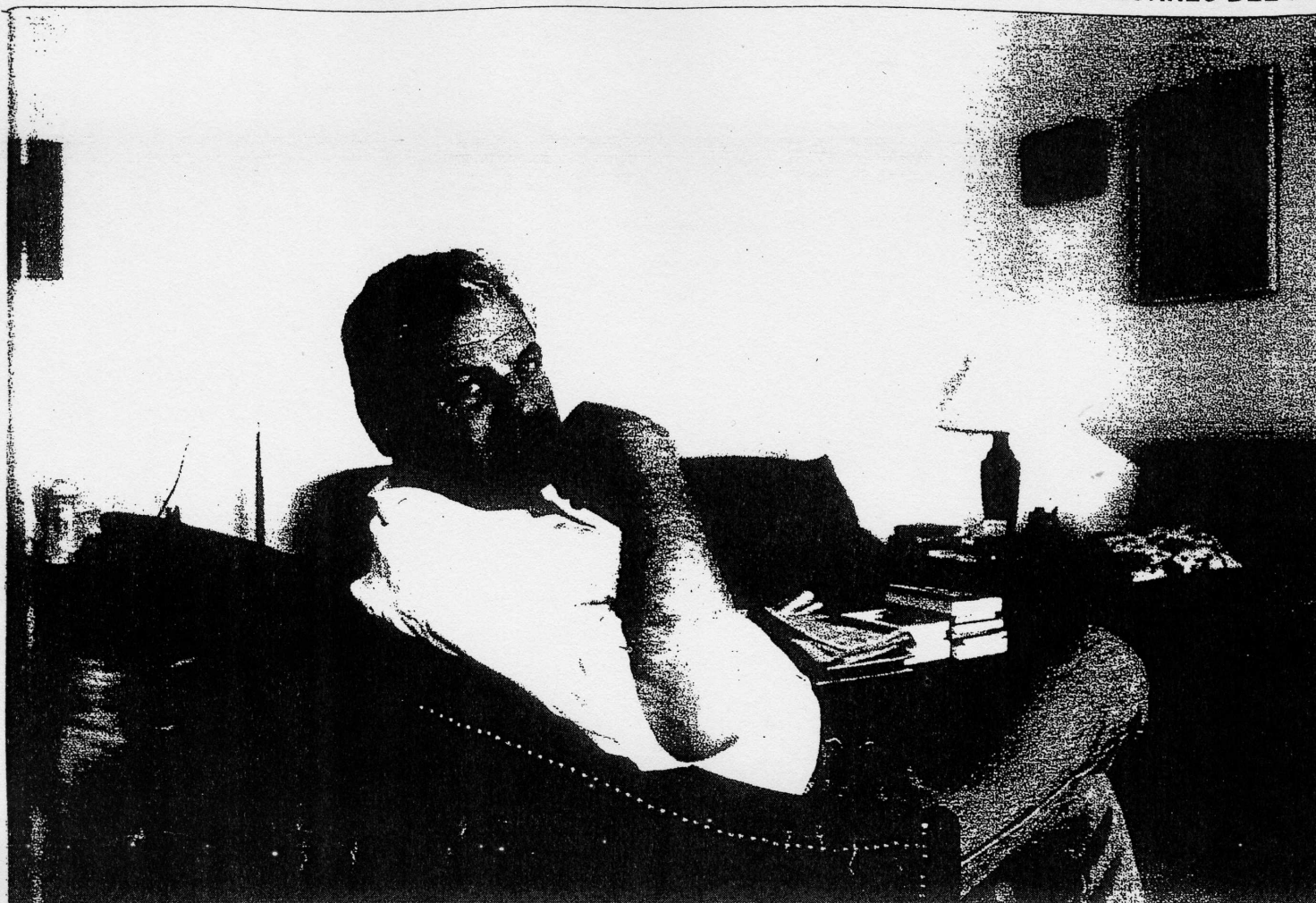
Por supuesto, claro y, si me apu-
ras, Valle-Inclán decía: «Yo no
soy patriota, yo soy lugareño».
Es decir, sí hay un sitio que es
mi sitio, cada uno tiene el suyo,
donde te has criado, un territo-
rio que ya te acompaña toda la
vida. Conozco la historia de mi
país y sé que como la historia
de tantos países es una historia
de crueldades y de disparates,
de batallas absurdas... No hay
como para estar tan orgulloso.

**¿En cuanto alguien tiene po-
der se toma a sí mismo de-
masiado en serio?**

Yo, con los políticos, siempre
dudo si son unos chorizos o si
son tontos. En cualquiera de
ambos casos, no me merecen
ningún respeto. Claro, una cier-
ta condescendencia con los que
van de buena fe es inevitable,
pero al final acabas cargando
con las consecuencias tanto
con unos como con otros.

**¿Y su actuación en el terreno
de la educación y la cultura?**

Soy escéptico. Cambian los go-
biernos, cambian los ministros
y los directores generales, pero
la enseñanza y la cultura propi-
ciadas por los poderes públicos
no cambian, seguimos con una
educación sectaria y timorata,
opusdeísta, televisiva y zafia.



Se acaban de cumplir cincuenta años de la llegada del Pijoaparte a Barcelona. ¿Qué ha cambiado de la Barcelona de *Últimas tardes con Teresa*?

Barcelona ha cambiado físicamente, han cambiado formas de vida, la mentalidad de los estudiantes. En la época había una dictadura. Pero esa propensión al mito que tiene Teresa, porque en definitiva es eso lo que la lleva a confundir a un delincuente con un miembro del partido comunista, esa propensión al mito existe, que no es ni más ni menos que confundir la apariencia con la realidad. Teresa, lo mismo que cierta mentalidad de izquierdas llena de generosidad pero muope, lee equivocadamente la realidad. En cuanto a la mentalidad del joven de provincias que llega y se encuentra en un medio hostil por lengua, por cultura, que intenta integrarse y se le cierran los caminos, eso no ha cambiado.

'Ahora hay ciertos organismos de acogida [de inmigrantes] que antes no existían, pero el problema persiste: la sociedad sigue cerrada'

Quizá la diferencia es que ahora los inmigrantes vienen de un poco más al sur.

Claro. Es verdad que ahora hay ciertos organismos de acogida que antes no existían, entidades que denuncian el racismo... Pero el problema creo que persiste, es decir, creo que la sociedad sigue cerrada.

Intuyo cierta propensión a la derrota.

Sí, aunque no se trata de ninguna derrota cotidiana. Se trata de una derrota más abstracta, que tiene que ver con la derrota a la que nos somete la vida. Nos espera a todos el olvido más absoluto, incluso de la propia obra literaria. Se refiere más bien a eso, al sentimiento de que uno ha venido a esta vida para ser

derrotado por el tiempo, y es un fracaso absoluto y total, tanto la belleza como la propia vida. Así que no puedes andar por el mundo en plan vencedor, aparte de que a una cierta edad y habiendo visto y vivido determinadas cosas se necesita ser un poco cretino. Pero bueno, eso no tiene nada que ver con que uno siga batallando por lo suyo.

Pero yo te he oído decir que si a algo ha venido uno a este mundo es a ser feliz. Parece difícil de alcanzar partiendo de esa certeza.

Bueno, es que de todos modos la felicidad no deja de ser una contraofensiva. Está claro que si a algo hemos venido es a ser felices. Si no, ¿a qué diablos se ha venido?

¿Y si no hubiéramos venido para nada en particular, para perpetuar la especie y sanseacabó?

Es que no quiero resignarme a pensar que hemos venido para nada. Que hemos venido para perpetuar la especie está clarísimo, pero siendo felices. Siendo desdichados no. No se puede admitir.

Y tener ilusiones, ¿es condición de la felicidad o es todo lo contrario?

Me parece que consiste en un equilibrio. Hay que tener ilusiones, pero hay que ser un poco realista acerca de tus posibilidades. Los sueños son importantísimos. No se puede vivir sin ellos. La literatura es uno de tantos sueños. Es un intento de modificar la realidad, de contar las cosas no como han sido sino como podrían haber sido.

Eva Muñoz